

Inauguración Año Académico '89. Aula Magna, marzo 31 de 1989.

1.- El año pasado celebramos un siglo de la fundación de nuestra Universidad. En el día de hoy, se cumplen precisamente cien años del inicio de los cursos inaugurados con una solemne Eucaristía en la Catedral Metropolitana, y creo que este aniversario nos da una buena ocasión para hacer algunas reflexiones sobre nuestra tarea educativa, la misma que empezó el 31 de Marzo de 1889.

La celebración del día de la Universidad en el año del Centenario, se vió especialmente destacada por una Carta Apostólica de Su Santidad. Creo que ese documento debiera ser leído y meditado con atención, porque está dirigido expresamente a nosotros, y quiero tomar pie de algunos de sus pasajes para desarrollar mi pensamiento en este día. La Carta Apostólica exhorta "...a todos los componentes de la Universidad Católica de Chile a un renovado esfuerzo por hacer cada vez más presente su misión como garante y promotora de la verdad, la libertad, la justicia; a una constante mejora del nivel científico y técnico de sus Facultades y Departamentos; a un deseo de superación en la competencia y dedicación del profesorado, estudiantes y personal auxiliar."

Se nos plantean exigencias muy estrictas, superación espiritual, excelencia académica en la docencia, la investigación, la extensión y todos los variados servicios universitarios; aporte a la sociedad, responsabilidad por el auténtico desarrollo humano. Se nos pone pues una vara muy alta. Podemos preguntarnos ante todo ¿Por qué ?

2.- Las demandas hechas son un signo de que la Iglesia necesita de las Universidades Católicas. Sobre ello han insistido los Papas. Paulo VI lo decía con tono apremiante en uno de sus discursos refiriéndose a aquellos que creen que una Universidad Católica puede cumplir mejor con su misión si es que ella atenúa o disimula su condición de tal "Hoy más que nunca, la Iglesia necesita de las Universidades Católicas. ¡Ay de nosotros si un día lo olvidáramos!" Si queremos ser consecuentes con nuestra pertenencia a la Iglesia, estamos llamados a pensar, cada vez en más profundidad, cuál puede ser la última razón de esta exigencia ¿Por qué necesita así la Iglesia de sus Universidades?

3.- Para ensayar una respuesta, los invito a pensar por un momento en el origen de las Universidades en Europa. Ya cuatro siglos antes de que naciera la Universidad de París, se había iniciado en el reino franco una profunda reforma de la Iglesia, la que había de llevar, junto a un decisivo renacer religioso, al florecimiento de las escuelas monásticas, de las escuelas catedralicias, y por fin, y a partir de éstas, de las universidades. Y, lo que es un dato a primera vista sorprendente, en el corazón de esta reforma eclesiástica, como se desprende de los documentos contemporáneos, se hallaba la reforma y promoción de la enseñanza de las letras profanas.

Así hallaba expresión una dinámica que es propia del cristianismo, que se evidencia ya en los escritos apostólicos, en la obra de los apologistas y de los padres de la Iglesia, en el trabajo intelectual que rodeó a los primeros concilios ecuménicos. Desde el mismo comienzo de la predicación evangélica, se registra un esfuerzo, mil veces repetido, por expresar las verdades de la fe en los términos propios de la cultura ambiente, y para eso, es menester descubrir en esta, todo lo que es valioso, lo que es fecundo, lo que parece puesto en ella según la intención de Dios sobre la creación, las "semillas del Verbo" de las que hablaba el apologista y mártir San Justino.

Esta actitud distingue al cristianismo entre todas las grandes religiones universales, precisamente porque ella arraiga en el más central de sus contenidos. El Verbo de Dios se hizo carne, es la Palabra de Dios la que se revela en Jesucristo, y Palabra exige respuesta, y, por necesidad, respuesta también en el plano de la inteligencia, porque si no se da también allí, es una respuesta incompleta, mutilada. La fe busca al entendimiento, porque la palabra de Dios busca una respuesta humana, esto es, una respuesta integral.

4.- Hoy como ayer y como siempre, la Palabra de Dios busca respuesta, la fe busca al entendimiento, busca ser incorporada a nuestro modo de pensar y de sentir, a nuestra cultura. Esta incorporación tiene que tomar en cuenta el dato básico del carácter histórico del hombre. Esto significa que hay circunstancias actuales, problemas que son propios de nuestra hora presente. Pero significa también que hemos incorporado planteamientos y resultados válidos, alcanzados a lo largo de muchos siglos. Ser histórico no significa solamente cambiar, significa, y en la misma medida permanecer. Nuestra respuesta cristiana a la Palabra, brota de nuestro hoy, pero está cargada de los frutos del pasado.

Quisiera referirme a algunos aspectos de actualidad que son a mi entender de gran importancia para nuestra tarea educativa.

El primero, recalado por S.S. el Papa en su reciente exhortación apostólica *Christifideles Laici*, es el de la conflictividad. "La humanidad - dice el Papa, quizá como nunca en su historia es cotidiana y profundamente atacada y desquiciada por la conflictividad". De la conflictividad social nos habló en la Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, para recordar las angustias que ocupan la conciencia de los hombres de hoy, tiñen su percepción de la realidad, e influyen en sus análisis y decisiones. Allí están el analfabetismo, la represión de la iniciativa económica, el desprecio de los derechos humanos, la miseria, el desempleo, el terrorismo, los refugiados, el armamentismo, el desnivel económico internacional, el miedo al holocausto nuclear, el problema demográfico, la escisión del mundo en bloques contrapuestos manejados por ideologías ajenas a un auténtico humanismo. Y al referirse (n 14) a la proyección planetaria de estos y otros problemas de los que nadie está libre, la Encíclica señala su trágico supuesto, al decir que las expresiones corrientes de Primero, Segundo y Tercer Mundo, aunque no sean objetivamente satisfactorias "...son muy significativas. Son señal de una percepción muy difundida de que la unidad del mundo, en otras palabras, la unidad del género humano está seriamente comprometida..."

Pero esa ruptura de la unidad social corre pareja con una crisis de la conciencia moral, de la conciencia personal del hombre. Afrontamos - qué duda cabe - una disolución cada vez más pronunciada de los fundamentos objetivos de los valores morales. Cuando vemos el asentimiento colectivo que acompaña a posturas hedonistas, a la negación de la familia, a la contracepción y al aborto, asistimos a un proceso anunciado ya hace mucho tiempo, por el que los hombres o los grupos humanos, se sienten autorizados para establecer sus propios valores y para vivir conforme a ellos. El fundamento de esa idea fué traído descarnadamente a luz por Nietzsche al decir que la "...suprema manifestación del poder es la de determinar los valores por los cuales se han de regir los hombres..." (WzM IV 460). Así aparece que es una voluntad desordenada de autoafirmación, en último término de poder, lo que escinde a la humanidad en compartimentos estancos, en grupos recíprocamente impenetrables, que no reconocen ya el valor rector de la verdad. Y eso que vale del ámbito personal y moral es lo que señala el Papa en el ámbito social al apuntar a opiniones y actitudes opuestas a la voluntad divina "...el afán de ganancia exclusiva...y la sed de poder...a cualquier precio..."

No es cosa de hoy. Ya en el primer monumental ensayo de teología cristiana de la historia, San Agustín ponía la "libido dominandi", el deseo, la concupiscencia del poder como la marca distintiva del progreso y la fuerza de la "civitas diaboli" la ciudadanía o la ciudad del diablo.

5.- Y sin embargo, ese mismo mundo, profundamente herido, se nos muestra preñado de esperanzas, en ese mismo hombre moderno que somos cada uno de nosotros, descubrimos los rasgos infinitamente amables de la imagen de Dios que está vivo y actúa, las semillas del Verbo que germinan. Lo señala el Papa como "aspectos positivos" (SRS 26), al trazar un boceto de una humanidad inmensamente atrayente y digna de amor: "...la plena conciencia en muchísimos hombres y mujeres de su propia dignidad y de la de cada ser humano..."; conciencia que no se limita "...a los individuos, sino también a las Naciones y a los pueblos...", llamando así al respeto y al amor por las culturas y las minorías; "...la convicción de una radical interdependencia y por consiguiente de una solidaridad necesaria..."; "...como signo del respeto por la vida , no obstante todas las tentativas de destruirla, desde el aborto a la eutanasia, la preocupación concomitante por la paz..."; "...la mayor conciencia de la limitación de los recursos disponibles, la necesidad de respetar la integridad y ritmos de la naturaleza...la preocupación ecológica..."

No quiero alargarme. Pero creo que basta con lo dicho para señalar que esas huellas de Dios entre los hombres, nos incitan a descubrirlas en su pureza, para entender nosotros, y mostrarles a otros hombres su valor trascendental. Porque esos valores auténticos, necesitan que alguien los destaque, no se imponen bulliciosamente, sino que se abren camino penosamente entre nosotros marcados por esa humildad que es el sello que veía el mismo San Agustín en el progreso de la ciudad de Dios.

Y desde luego creo que no podría haber más alta tarea para educadores cristianos que la de ayudar a otros hombres a discernir en lo social, personal y moral, los valores que son según la intención de Dios.

6.- Pero junto a esas realidades morales, culturales y sociales, tenemos que afrontar otro rasgo ambivalente del mundo de hoy, que también está íntimamente incorporado a nuestra existencia, y que es el auge incontenible de la Ciencia y la Tecnología, que penetran en todos los resquicios de la vida humana.

Por un lado, la experiencia de más de un siglo, sugiere que todos los ámbitos de la realidad sensible pueden ser profundamente transformados, y aún radicalmente alterados gracias a la comprensión y a la aplicación de las leyes que rigen su comportamiento. Esto se aplica, no sólo al entorno físico, sino a la propia vida social y psíquica del hombre. De esta realidad ha derivado la difundida convicción de que no existe otro método válido de estudio como no sea el método científico, y que todo lo que se da dentro del campo de acción del hombre, es como un material que está allí disponible para su elaboración. En buenas cuentas, se impone una visión radicalmente materialista, en la cual la verdad no es más que una instancia de dominio, el hombre un sector de una realidad material y el mismo Dios, una ilusión.

Y sin embargo ¿ quién podría desconocer el brillo fascinante de la ciencia? ¿Podríamos negar que ella abre efectivamente acceso al menos a una parte de la verdad ? ¿Acaso su desarrollo no ha sido una de las aventuras más hermosas de la fantasía humana?

Y más allá que eso ¿ no es acaso verdad que la ciencia y la tecnología gozan hoy de ese privilegio singular que es el de ser universales, el de constituir como un lenguaje que todos los hombres pueden entender y hablar, de ser como un mundo que les es común a todos, y que es entonces como un anticipo y un símbolo de la unidad real del género humano?

Y en el terreno práctico, esa capacidad transformadora, puesta al servicio de la voluntad y del entendimiento humano ¿no parece ser una expresión absolutamente auténtica de la capacidad creadora del hombre, imagen de Dios?

La Ciencia y la Tecnología son instrumentos del desarrollo, no sólo por cierto del desarrollo económico sino del desarrollo "de todo el hombre y de todos los hombres". Y ese desarrollo está caracterizado en Sollicitudo Rei Socialis en términos que deberíamos siempre recordar(n30):"...La historia del género humano descrita en la Sagrada Escritura, incluso después de la caída en el pecado es una historia de continuas realizaciones, que aunque puestas siempre en crisis y en peligro por el pecado, se repiten, enriquecen y difunden como respuesta a la vocación divina...Es lógico concluir que el "desarrollo" actual debe ser considerado como un momento de la historia iniciada en la creación y constantemente puesta en peligro por la infidelidad a la voluntad del Creador,pero que corresponde fundamentalmente a las premisas iniciales..."

Así pues, el carácter imaginativo y creador de la Ciencia y la Tecnología, su valor en la unificación de la humanidad, su valor en el desarrollo integral del hombre ¿no son acaso "semillas del Verbo"? ¿No es verdad que su presencia nos requiere, por difícil que sea su implantación en la Universidad, por altos que sean sus costos, por mucho que parezcan desdibujar los rasgos de una institución de Iglesia? Podríamos negarles su presencia creadora por cobardía o por desánimo, o porque no vemos la fecundidad que soñamos, o porque muchas veces fracasamos, y nos parece que nuestros esfuerzos nos hubieran devuelto al mismo punto de partida?

Para los que así temen, dejó dicho el Papa:"....quien quisiera renunciar a la tarea difícil pero exaltante de elevar la suerte de todo el hombre y de todos los hombres, bajo el pretexto del peso de la lucha...o incluso por la experiencia de la derrota y del retorno al punto de partida, faltaría a la voluntad del Dios Creador" (SRS 30)

7.- Y finalmente quisiera recordar el profundo deseo de unidad, de integración personal y social que aflora a cada instante en las inquietudes humanas de hoy, y que en la Universidad halla, entre otras maneras su expresión señalada en la incorporación de las artes a lo que fué un día dominio exclusivo del pensamiento discursivo, y en la preocupación ética que está penetrando todo el quehacer profesional, y que por mucho que se vea a menudo deformada, es expresión de un anhelo que arranca de lo más hondo de la existencia humana.

8.- Yo me atrevería a proponer que el hombre de hoy se halla exigido desde dos polos distintos: por un lado, él está profundamente consciente del inmenso poder que le confieren las ciencias naturales y sociales, y deseoso de ejercerlo. Pero por otro, el espectáculo de los grandes crímenes antihumanos de este siglo, requiere su conciencia moral, la interpela por lo mismo de que no puede ya sustraerse a la evidencia de su capacidad abrumadora para el bien o para el mal. Al hombre que se sentía llamado a modificar el mundo, lo sucede el hombre que se sabe responsable por el mundo, por sus propias decisiones, por su vida social, por la misma naturaleza. Un hombre que, más que fabricar, quisiera crear.

8.- La tarea del educador cristiano es justamente ayudar a discernir. Porque no hay verdadera creación humana sino en la línea de la creación de Dios. Pero ese discernimiento no se adquiere sin trabajo y sin riesgo. No puede ejercerse un verdadero discernimiento en el mundo de la inteligencia y de los valores morales, no puede por ende cumplirse con esta tarea consustancial a nuestra vocación de cristianos sino en la medida en que nuestra enseñanza, nuestra investigación, todo nuestro trabajo universitario busque la mayor profundidad el más incondicional rigor. Estos no son adornos prescindibles. Para nuestra Universidad, y precisamente porque ella quiere servir su misión en la Iglesia, la excelencia académica es una obligación irrenunciable. Si no la procuramos, no tendremos nada válido con que contestar a las interrogantes más profundas de la sociedad moderna. Si, como docentes, como estudiantes, como colaboradores a la docencia, no nos sacrificamos por el máximo de creatividad, estamos cometiendo una traición, nos estamos negando a la respuesta que se espera de nosotros. Si queremos alcanzar la mayor profundidad, la excelencia en nuestro trabajo universitario, ello no es por algún prurito de competir con otro, sino por cumplir una obligación sagrada.

Insisto sobre esto, porque toca a la razón de ser de la universidad. No confundamos el fin con los medios. El ordenamiento académico, la eficacia administrativa, la búsqueda de recursos, son medios al servicio de un fin trascendente, que es el de formar personas que tengan una respuesta adecuada y creativa a la Palabra de la Vida, formar una comunidad de personas que se sienta llamada a dar esa respuesta.

Pero si ese discernimiento no se nos da sin nuestro esfuerzo y nuestra entrega, el sigue siendo siempre un don. Porque para juzgar rectamente, para entender nuestro mundo concreto en sus verdaderas dimensiones, para discernir los espíritus, necesitamos que nuestro juicio esté iluminado por un sentido, el que le pueda conferir unidad y estructura. Y nosotros confesamos que ese sentido nos ha sido revelado en la persona de Jesucristo, que es en el misterio del Verbo Encarnado donde empieza a aclararse el misterio del hombre, que es en El donde se revela la intención de Dios sobre la Creación, y en El donde se concreta el llamado personal a nuestra propia obediencia a esa intención.

9.- Por eso el Papa delinea así en su Carta Apostólica a la Universidad, la misión que nos está confiada: "...reflejar siempre, sin disimulos, su propia identidad católica, haciendo de Cristo y de su mensaje salvador, el centro y razón última de su vocación de servicio al hombre y de su empeño por construir entre todos una sociedad más justa y más fraterna..." Misión que supone la fidelidad a algunos "...principios que han de mantenerse para que las tareas universitarias sean un auténtico servicio a la cultura: identidad de la fe sin adulteraciones, apertura a cuantas fuentes exteriores de conocimiento puedan enriquecerla, discernimiento crítico de aquellas fuentes, conforme a aquella identidad. Sin la identidad inamovible de la fe cristiana, los préstamos exteriores se convierten en fáciles y transitorios sincretismos que el tiempo disipa. Sin la necesaria apertura a esas otras fuentes tan variadas y ricas en nuestra época, el pensamiento cristiano se angosta y queda atrás. Y sin el indispensable discernimiento crítico, se producen síntesis aparentes, ruinosas que tanto dañan hoy mismo la conciencia de los fieles"

5.- La respuesta del universitario de hoy, debe darse en un contexto especial, que exige vuelo intelectual tanto como fidelidad a la Iglesia, depositaria del mensaje viviente. Sin eso, "el pensamiento cristiano se angosta y queda atrás"

Recordemos que en nuestra Universidad tiene una importancia enorme la obra de los laicos. La mayor parte de las carreras que se estudian, de las investigaciones que se producen, tienen una índole fundamentalmente secular, que es el contexto propio de la actividad del laico. Eso mismo, debe llevarnos a pensar nuestra acción universitaria desde la perspectiva del aporte que podemos hacerle a la Iglesia. "El estado de vida laical tiene en la índole secular su especificidad, y realiza un servicio eclesial, testificando y volviendo a hacer presente a su modo, a los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas, el significado que tienen las realidades terrenas y temporales en el designio salvífico de Dios..."(Christifideles laici 55)

"...hacer presente...el significado que tienen las realidades terrenas y temporales en el diseño salvífico de Dios.." "Hacer presente" no significa sólo explicar con las palabras, sino "traer a la presencia", con el testimonio, como lo hacía el apologista y mártir que buscaba y mostraba con su palabra y con su vida la presencia del Logos en los filósofos paganos.

Hay algo tan alto, tan señalado en el privilegio de poder hacer esto , que ante ello, todas las dificultades y tropiezos parecen camino llano y despejado. Es que tenemos una manera nuestra de intelectuales, de universitarios, de ofrecerle a Dios el mundo que nos confió, y al reconocer la belleza de esta vocación podemos repetir con el levita " el Señor es la porción de mi herencia y de mi cáliz; las cuerdas divisorias hicieron para mí un sitio delicioso; en verdad, me ha resultado hermosa mi parcela".

En verdad es hermosa la tarea a la que estamos llamados. Quiera Dios que nos hagamos dignos de ella.